Honorio Maura

Corazón de mujer



5

MADRID - MCMXXIII

CORAZÓN DE MUJER

HONORIO MAURA

CORAZÓN DE MUJER

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

MADRID—MCMXXIII

PERSONAJES

FLORA	Catalina Bárcena.
ELENA	María Corona.
DUQUESA.	Rafaela Satorres.
MARÍA ESTER	Josefina Santaularia.
CARLOTA.	María Esparza.
PATRO	Milagros Leal.
MISS BETTY	Natividad Jiménez.
LUZ	Elenita Jiménez.
UNA DONCELLA	Paquita Sánchez.
JAIME	Manuel Collado.
AGUSTÍN	Carlos M. Baena.
MARQUÉS.	Ricardo de la Vega.
DON LUIS.	Luis Pérez de León.
CRIADO PRIMERO	Abelardo Díaz Caneja.
CRIADO SEGUNDO . .	Jesús Ortiz.

ACTO PRIMERO

ACTO PRIMERO

La casa de Agustín y Flora, en Madrid. Casa bien puesta y bien tenida; gusto seguro; un poco demasiado lujosa, pero no nuevo rico. La escena representa una especie de saloncito íntimo. Al fondo, debajo de un ventanal de cristales de colores, una cama turca rodeada de mesitas. Almohadones, muchos almohadones. A la izquierda, en primer término, una gran chimenea. Una gran puerta de cristales a la izquierda y otra igual a la derecha. Toda la habitación tiene un zócalo de madera oscura. A la derecha de la cama turca, en el mismo zócalo, una puertecita de escape. Sillones. Un escritorio entre la puerta de escape y la puerta grande de la derecha. Sobre el escritorio un teléfono portátil. Grandes espejos a ambos lados de la cama turca.

ESCENA PRIMERA

FLORA y ELENA.

Al levantarse el telón, Flora, echada en la cama turca, lee una novela; entra Elena en golpe de viento; besos, abrazos.

ELENA

Hija, vengo helada... Hace un frío horrible por esas calles. Despedí mi coche en el Palais de Glace, porque estaba citada allí con Fernandito San Antonio, y el muy... canalla, ni se ha tomado el trabajo de ir a disculparse. ¡Qué hombres!... Por supuesto, todos son iguales.

FLORA

O parecidos, por lo menos.

ELENA

¡Cómo estaba el Palais de cursi!... Hoy no había por allí más que horteras. Parecía enteramente que entrabas en La Palma y que se había helado el piso.

Mientras habla se quita el abrigo y los guantes y los deja encima de un sillón.

FLORA

Pues yo he estado algunas veces, y la verdad, no estaba tan mal. Será que el plantón que te ha dado Fernandito te hacía ver todo negro.

ELENA

Nada de eso, monina. Fernandito estaba ya, como quien dice, despedido. Me ha molestado que no fuera, únicamente porque detesto que me dejen sin plan a media tarde. Menos mal que ya sospechaba que te encontraría aquí, como siempre, acostada, leyendo una novela en que dos amantes se derriten de pasión desde la página quinta... ¿Qué es de tu vida, que no se te ve por ninguna parte? ¿Se te pasó ya la murria que tenías el último día que nos vimos?

FLORA

Sí; ya se me pasó. Lo que me sucede de un tiempo a esta parte es que siento, como no he sentido nunca, unas ansias de querer, de que me quieran, como si ahora empezara a vivir... Estoy harta de esta vida tan monótona.

ELENA

¿Quieres un consejo? Te lo dice quien sabe algo de esto. Ahoga esas ansias de ternura. No te traerán más que disgustos. Yo, en tu caso...

FLORA

¡Quisiera yo verte en mi caso! Casada a los diecinueve años con un señor que me doblaba casi la edad. *Imitando la voz de su padre.* «Un hombre serio, formalísimo; un hombre de negocios, otro Salamanca, hijita; otro Salamanca», decía el bueno de papá. Fuí al matrimonio completamente a ciegas, sin saber apenas lo que era cariño, ni deseo, ni pasión, ni celos, ni nada...

ELENA

¿Tanto como todo eso?

FLORA

Con decirte que he estado mucho tiempo creyendo que la suprema felicidad conyugal consistía en que el marido llegara por las noches tarde, muy tarde a casa, y que llegara cansado y se acostara sin hacer ruido en el cuarto de al lado...

ELENA

¿No exageras nada?

FLORA

Nada. Te lo aseguro. Después nació Luz, y entonces creí que el amor a mi hija me bastaría. Ni aun ese consuelo me quedaba. En nuestra vida moderna no sabemos ser lo bastante madres para olvidarnos de que somos mujeres... Por egoísmo, por costumbre, por conveniencia seguramente de nuestros propios hijos, nos los arrebatan desde la cuna... Tenemos los hijos a ratos, como de prestado... Y luego Agustín es intratable... Si ya que no un marido fuera siquiera un camarada... Pero ni eso. Él sus negocios, sus negocios y sus negocios.

ELENA

Pero al menos es espléndido contigo. Jamás te niega un capricho.

FLORA

Ni esa habilidad tiene siquiera: ni el de hacerme desear las cosas para que al lograrlas me haga ilusión. Todo lo que se me antoja tengo.

ELENA

¿Y te parece poco?...

FLORA

Ah, eso sí... Pero no sin que antes me coloque su correspondiente discurso sobre la inutilidad de la aristocracia. Y dice aristocracia con un acento de desprecio que me hiere como una bofetada. Anteayer me trajo esta sortija... *Enseñándola,* que le ponderé el otro día...

ELENA

Es preciosa.

FLORA

A simple vista, sí. Pero al entregármela me dijo: «Si hubieras vivido hace trescientos años y hubieras

tenido el capricho de esta piedra, tu dueño, que seguramente se habría llamado algo así como Téllez y Ponce de León, con un navío, una tizona y cincuenta aventureros, hubiera ido al Perú a buscártela y te la hubiera traído a los tres años... En nuestros tiempos ha bastado que un González Cavero vaya a la Carrera de San Jerónimo, con su talonario de cheques, para que la tengas unas horas después.» Ya comprenderás ahora con qué ilusión llevo esta sortija.

ELENA

Mira, Flora; no te quejes... Que yo conozco a maridos que ni van al Perú ni firman un cheque.

FLORA

Bueno, vamos a no hablar de esto, porque me pongo de mal humor. ¿A que no sabes a quién tenemos en casa desde hace unos días?

ELENA

No; ¿a quién?

FLORA

A Jaime... a mi primo...

ELENA

¿Pero no estaba en la Argentina?

FLORA

En la Argentina estaba, pero el otro día recibimos un telegrama desde Lisboa que decía así: «Al pisar península ibérica, tras seis años ausencia, mi primer abrazo para simpática prima y consorte, rogándoos hospitalidad. Llego mañana, exprés Lisboa. *Jaime.*»

ELENA

Eso parece enteramente un telegrama de los que ponen los toreros que desembarcan de América, saludando a la Prensa y a la afición.

FLORA

Y al día siguiente se nos presentaba aquí. Dice que le hace falta pasar una temporada en Madrid, porque tiene miedo a aguayabarse demasiado. Viene tan famoso como siempre...

ELENA

Y qué, ¿no se casa?

FLORA

No; es decir, no sé... Creo que ha dejado un *flirt* por allá, como dicen ellos... Pero ya sabes cómo es.

ELENA

Es un lóco muy simpático. ¡Qué tonta!... *Dándose una palmada en la frente.* ¡Pero, qué tonta!... Es claro, ahora empiezo a comprender lo que te pasa. Esas ansias de ternura... esa manía recrudecida a tu marido.

FLORA

Muy colorada.

¿Pero qué te imaginas?

ELENA

Qué me he de imaginar... O yo recuerdo mal o Jaime y tú fuisteis novios un tiempo, ¿no?

FLORA

Novios... novios... Fué una chiquillada. Esos amoríos entre primos, que no tienen importancia...

ELENA

Pero tú le quisiste.

FLORA

Sí, me gustaba... pero yo era muy niña... Además, como era una cosa que no podía ser, porque mis padres se habrían opuesto, nunca llegué a tomarlo en serio. Después de casada, le vi muy poco. Luego marchó a América...

ELENA

Y ahora, al volverlo a ver, ¿no has sentido nada?

FLORA

He sentido la alegría natural de volver a ver a una persona de la familia a quien hace tiempo no veía...

ELENA

¿Nada más? ¿Lo mismo, lo mismo que si hubiera venido tu tía Dolores, la monja que está en Roma, o un poco más?...

FLORA

Bueno, sí... Un poco más... si quieres...

ELENA

Ya lo creo. Bastante más. Mira, Flora: mi conducta no me autoriza para sermonearte; pero mi cariño y mi

experiencia, sí. Ten cuidado con lo que vàs a hacer... Tu excitación de hoy, que me había sorprendido, no me deja ninguna duda sobre tu estado de ánimo. Aunque tú no lo creas, probablemente sin tú saberlo, has empezado ya a querer a Jaime.

FLORA

Qué cosas tienes, Elena...

ELENA

Lo que tengo, desgraciadamente, es mucha experiencia, y por eso te digo: Flora: tú estás a punto de enamorarte. Flora: no cometas ese desatino... Tú no sabes lo feliz que eres...

FLORA

Lo feliz que soy...

ELENA

Sí, Flora, sí; lo feliz que eres. Tu marido es uno de tantos maridos. Ni peor ni mejor que la mayor parte de ellos. ¿Que tiene sus defectos?... Conforme... También tú los tendrás.

FLORA

Pero que seas tú, Elena...

ELENA

No seas mala. Ya sé lo que vas a decirme... Precisamente por eso, porque yo sé lo que es... eso... y porque te quiero bien, tengo la obligación de señalarte el peligro. El peligro que tú no ves... El peligro que tú ya no quieres ver. Te he hablado como creo que debe hablar una amiga. Te he enseñado el precipicio. Si te despeñas por él, a pesar de todo, lo más que puedo hacer por ti es esperarte abajo para consolarte, si, como me temo, llegas necesitada de consuelo.

FLORA

Se oye la voz de Jaime, que viene cantando un tango.

Mira, precisamente aquí está el precipicio...

ESCENA II

FLORA, ELENA y JAIME

Entra Jaime, sonriente, encantado de haber nacido.

JAIME

Besando la mano a Elena.

¡¡Elenita!! Cómo me alegro de encontrarte aquí... Seis años sin vernos... Pero.. tú cada día más joven,

más guapa... *Acercándose mucho.* tan deseable... ¿Y tu marido?

ELENA

Muy bien. En el Senado, durmiendo. Los años que no pasan por mí, pasan por él. Cada día duerme más... Ahora ya se duerme en pleno discurso. El otro día, revisando unas notas, entre dos párrafos dió unas cabezaditas de pie y todo, y cuando se despertó continuó su discurso, diciendo: «Decíamos ayer, señores senadores...»

JAIME

¿Y tú, primita, no has salido hoy?

FLORA

No; me he quedado leyendo, y hace un rato ha venido Elena y aquí estamos filosofando...

JAIME

Encendiendo un cigarrillo y sentándose entre ellas, con alegría desbordante.

Chicas, estoy encantado de Madrid... En mi Madrid... Vengo de dar un paseo a pie por las calles más viejas y más sucias, para recordar mis buenos tiempos... Para tomar posesión del Madrid de mi alma,

que para nosotros, los madrileños, no se parece a nada en el mundo.

ELENA

De acuerdo. Yo no me encuentro a gusto más que en Madrid. No puedo con esas cursis que hablan el francés peor que un embajador español, y que porque van cada tres años quince días a París, luego dicen que necesitan una temporada para aclimatarse en Madrid. Un azote es lo que necesitarían...

JAIME

Qué alegría en todas las caras. Qué garbo el de sus modistillas. Qué inconfundible olor a pájaros fritos y patatas guisadas... ¿No habéis notado que cada ciudad tiene su olor? Londres huele a humo. París, a gasolina. Madrid huele a guisado. ¡Qué encanto! Me he bajado de la acera, en las calles mal empedradas, para sentir los mordiscos de los guijarros en punta, que para mí son algo así como la caricia de una chula. *Flora y Elena ríen.* Sí, reid; eso no lo puede comprender nadie que se haya ido de Madrid sin saber cuándo volverá, ni si volverá...

ELENA

Es verdad que tú te nos fuiste de Madrid diciéndonos que no volverías nunca y que si volvías sería casado, y ahora apareces de pronto, tan madrileño como antes y más soltero que nunca. ¿No ha habido ninguna argentina que te haya hecho tilín?

JAIME

Hombre, sí; ¿por qué os lo he de negar? Las hay muy lindas, como ellas dicen, y muy simpáticas... Un poco... ¿cómo os diré?, un poco sositas la mayor parte; pero indudablemente tienen sus encantos. Les falta vuestro fuego, vuestro temple, vuestra madurez. En cambio tienen un no sé qué de fruta sana, que convence...

ELENA

Muchas gracias por el piropo. De modo que nosotras somos las manzanas podridas...

JAIME

No; vosotras sois la fruta madura, en su punto. Aquélla es una raza que se está formando con el cruce de muchas razas, y sus mujeres tienen esa lozanía de los capullos de rosa y la fruta sin madurar. Ade-

más, que yo he vivido muy poco tiempo en Buenos Aires. La mayor parte de él la he pasado en el campo: en la Pampa.

FLORA

Aquéllo debe ser muy aburrido.

JAIME

Depende del punto de vista. Claro que allí no hay teatros, ni modistas, ni chismorreo; pero aquellas llanuras tienen una grandeza que impresiona. La Pampa no se olvida...

ELENA

¿La Pampa... o las pamperas?

JAIME

¿Las pamperas? No... Allí no ha llegado aún la mujer, como no sea alguna vecinita de las estancias cercanas, cuyos dueños vienen de Buenos Aires a pasar temporadas en el campo. Aquella es una vida puramente masculina. Pero vamos a dejar ahora la Pampa y ponedme un poco al corriente de los chismes de Madrid. Tú, Elena, que estás siempre al día... Dime cuáles son los últimos líos...

ELENA

Ay, hijo; los de costumbre. Son los mismos perros con distintos collares.

JAIME

¿De manera que no hemos progresado nada?

ELENA

Algunas cosas han cambiado. Antes, te acordarás, sólo diez o doce señoras, muy encopetadas, se podían permitir el lujo de tener cada una oficialmente su amante. Eran líos conocidos de todo el mundo.

JAIME

Menos del marido.

ELENA

A veces... Fulano con Fulana. Mengano con Mengana. Zutano con Zutana... Las demás señoras de su clase lo sabían, y aunque ellas fueran irreprochables llevaban, no sin cierta elegancia, la tolerante complicidad que imponía el buen tono. Ahora las cosas se han complicado un poco. En primer lugar, la bula se ha extendido mucho; y, además, ya no hay aquella precisión casi matemática. De un día para otro te en-

teras de que Fulana ya no está con Fulano, sino con Mengano. Mengana le ha quitado a Zutana su Zutano, y menos mal si no simultanea con Perengano, que se dan casos. Con lo cual resulta que o llevas un libro en regla con los líos por partida doble, o el lío te lo haces tú y te expones a tirarte unas planchas irremediables.

JAIME

Vamos, veo que se ha puesto de moda el intercambio.

FLORA

¿Sabes lo que pasa? Que hay muy poco donde elegir... Los jóvenes de ahora no saben ser galantes. Entre el *sport* y el alcohol han perdido la costumbre de tratar a las mujeres como mujeres, y las tratan como camaradas.

JAIME

¿Y la burguesía? Esa no se ha echado a perder...

ELENA

La burguesía... ¡De eso no hablemos! Con los tés, los *danzings* y los *jazz* de los grandes hoteles, nos han dejado en pañales en eso de dar escándalos, y, además, como no tienen costumbre de estas cosas, lo

hacen todo con mucha menos discreción, con mucho más ruido, como para que la gente se entere bien, ¿sabes? Necesitan exhibir el lío.

JAIME

Vamos, sí; ya comprendo... Son los nuevos ricos del cinco a siete.

ESCENA III

DICHOS y un CRIADO

CRIADO

Señora: dice Miss Betty que haga el favor de ir la señora, porque la niña se ha acostado y le parece que tiene algo de fiebre.

FLORA

Está bien, voy enseguida. A ver si no habláis mal de mí...

ESCENA IV

ELENA y JAIME

JAIME

De modo que, por lo que me cuentas, con un poco de suerte se puede uno divertir en Madrid. Vaya, menos mal. Yo vengo necesitado de este ambiente. Después de haber pasado varios años casi enterrado en la Pampa, viviendo una vida semisalvaje, no me vendrá mal una temporada de Madrid; *Con énfasis.* de la gran charca, como nos decían los Padres jesuitas cuando salíamos los domingos de paseo y nos enseñaban la ciudad desde los altos de Chamartín.

ELENA

Pues ya sabes que me tienes a tu disposición para servirte de piloto. ¿Se puede saber cuáles son tus gustos, tus pretensiones? *¿Flirt?* ¿Algo más substancioso?

JAIME

¿Más substancioso aún?... Si en esa palabra cabe todo... *Flirt*... Desde tomar el té con una señora, has-

ta tener cinco hijos con ella... Mujeres, mujeres... Muchas mujeres por de pronto. Estoy como un explorador, como un viajero que después de atravesar un desierto llega sediento a la vista del oasis. ¿Tú crees que ese hombre piensa en un vaso ni en dos ni en tres? No; su imaginación, alucinada por la sed, no se sacia con menos de un estanque, de un lago, un mar... Agua, agua, mucha agua... Eso me pasa a mí. Mujeres, mujeres primero. Ya me quedará luego tiempo de pensar en una mujer.

ELENA

Ay, pues no te apures, que no es precisamente el agua la que te ha de faltar. ¿Cuál es tu tipo de mujer?

JAIME

¡Mi tipo de mujer! ¡Qué tontería! Eso es una cosa que se dice: «Fulanita es mi tipo...» Y lo es, efectivamente, en ese momento; y lo sigue siendo hasta que encuentras otra mujer que te guste más. Físicamente, todas podéis ser nuestro tipo en un momento dado, claro es que dentro de ciertos límites de edad, estatura y espesor. Pero, además, yo creo firmemente que el físico es lo de menos, siendo normal. Lo que nos intriga, lo que nos conmueve, lo que nos enamora siempre es vuestra alma. Una sonrisa a tiempo, una lágrima

oportuna, pueden mucho más que unos ojos celestiales o un cuerpo escultural. Por eso puede parecernos odiosa una mujer guapa, y adorable una fea. Qué, ¿no estás conforme?

ELENA

Si tú lo dices... Pero yo he creído siempre que los hombres teníais cada uno vuestra preferencia por un tipo de mujer determinado.

JAIME

Cogiéndole las manos y bromeando.

No sufras, que en el fondo estoy por ti. En este momento, Elena de mi alma, mi tipo eres tú. ¿Era eso lo que querias que te dijera? Ea, pues ya te lo he dicho.

ELENA

Siguiendo la broma.

Hombre, a nadie le disgusta que le digan cosas agradables... Pero la verdad, eso del viajero y del oasis y tanta agua, tanta agua... me parece que es para asustar a cualquiera. No sé por qué me imagino que tú soñarás con un estanque, con un lago, con un mar... pero me estoy temiendo que le hayas echado el ojo a un manantial de agua clara, fresca y pura que has encontrado en el camino, y temo que al beber

lo enturbies, y te diré francamente, que eso no me parece nada bien.

Jaime va a contestar, cuando entra el Marqués del Madrigal.

ESCENA V

DICHOS, EL MARQUÉS. Luego, FLORA

MARQUÉS

Besando la mano a Elena.

Buenas tardes, Elenita... ¿Y tu marido? ¿Y tus chicos? ¡Qué tontería, como si no supiera que no tienes chicos! *Dudando.* Porque no tienes chicos, ¿verdad?

ELENA

Claro que no.

MARQUÉS

Verás. Es que como hay más matrimonios con hijos que sin ellos, en cuanto veo a una señora casada, le pregunto por sus chicos. Claro es que a veces me equivoco; pero es lo que yo digo, en cambió quedo bien otras muchas. *A Jaime.* ¡Hola, hola, sobrino! Descastadote... Llevas tres días en Madrid y no eres capaz de ir a dar un abrazo a tu tío.

JAIME

Perdona. Precisamente pensaba haber ido esta noche a veros. ¿Qué tal está la tía?

MARQUÉS

Muy bien. Y a ti, ¿qué tal te ha ido por aquellas tierras del otro mundo? Oye, y a propósito: eso que cuentan de que cuando allí es invierno aquí es verano, ¿es verdad? ¿No es una bromita que queréis gastarnos a los que no hemos ido por allí? Varias veces he querido preguntárselo al infante don Fernando, que supongo que no me engañará; pero siempre se me olvida... Con esta memoria tan fatal que tengo... Vengo del Club. ¡Qué partidita! ¡Ignacito Páramo gana más de lo que quiere! A mí me han dejado limpio. ¿Pero dónde está Flora?

ELENA

La han llamado para que fuera a ver a Luz, que parece que tiene un poco de fiebre; pero no debe de ser nada. Ahora vendrá.

JAIME

Te encuentro más fuerte que cuando me marché. ¿Qué haces para conservarte así?

MARQUÉS

Nuestra generación, que es de hierro. *Bombeando el pecho.* De hierro... Quedamos pocos... Pero los que quedamos... Es lo que yo digo: la raza degenera.

JAIME

¡Tío, por Dios!

MARQUÉS

Nada, nada, lo dicho... Los jóvenes de ahora no sois capaces de hacer lo que hacíamos nosotros en nuestro tiempo. Una vez, hace más de treinta años, al volver de los toros se desbocaron los caballos del coche de Isabelita Luengo, una bailarina que vosotros ya no habéis alcanzado: una mujer guapísima que dió mucho que hablar en Madrid. Era una mujer estupenda. No como esos alfeñiques que gustan tanto ahora... Una real moza... ¿Pero en qué estaba? Ah, sí, pues se desbocaron los caballos del coche de Isabelita, y yo, que volvía también de los toros con Perico Granjuelas, el pobre marqués de Granjuelas, que tenía una ganadería famosa, ¿os acordáis? ¡Pero cómo os vais a acordar si casi no habíais nacido! Pues volvía yo en un coche del Veloz con el pobre Perico, y al ver aquello... me tiré del coche, corro al de Isabelita,

que era un milord muy bien enganchado por cierto, la cojo a ella, cuando ciega de espanto se iba a tirar al suelo, la levanto a pulso con una sola mano... y la dejo suavemente en la acera, justo el tiempo en que los caballos y el coche se estrellaban contra una farola. El cochero murió a los dos días.

ELENA

¿Y ella qué hizo?

MARQUÉS

Pues mirarme como sólo ella sabía mirar, y no me dijo más que estos dos monosílabos: «Gracias, Rodrigo...» Pero es lo que yo digo. Tenían las mujeres de aquel tiempo una manera de dar las gracias...

Entra Flora.

FLORA

Buenas noches, papá. *Le da un beso.* Hace ya más de cinco días que no nos vemos. ¿Qué tal te va?

MARQUÉS

Ya lo ves, hija, dando guerra. Y la que tengo que dar todavía. Es lo que yo digo. Nada de médicos. El que pasados los treinta años no es el médico de sí mismo, es un idiota. ¿Qué le pasa a la niña?

FLORA

Nada, un poco de enfriamiento. No será nada. Y mamá, ¿cómo está?

MARQUÉS

Muy bien, hija, muy bien. Me encargó que te dijera que estos días no podía venir a verte porque está ahora ocupadísima con ese nuevo Patronato que han fundado con objeto de que las jóvenes solteras que tengan hijos no los abandonen y los críen ellas mismas. Ahora andan muy preocupadas buscando nombre para la institución, y no lo encuentran.

ELENA

Pues yo creo que está indicadísimo... Debían llamarla: «A lo hecho, pecho». ¿No os parece?

Todos ríen.

MARQUÉS

Muy bueno, Elenita, muy bueno. Lo contaré en el Club. Muy bueno... Es lo que yo digo: a lo hecho, pecho. A propósito, Florín, *La coge del brazo y la lleva aparte hablando a media voz. Mientras tanto Elena y Jaime se sientan en la cama turca y charlan.* ¿cómo andas de fondos este mes?

FLORA

En tono de reproche cariñoso.

Papá, por Dios, ¿otra vez? Si te envié dos mil pesetas anteayer. ¿Ya estamos así?

MARQUÉS

Sí, hija, sí; tienes razón que te sobra. Pero es lo que yo digo: ese *ecarté* no tiene entrañas. Llevo una temporada muy mala... ¿No podías dejarme otras dos mil? Por unos días, sabes; nada más que por unos días; luego, si te hacen falta, me las pides. Es lo que yo digo: hoy por mí y mañana por ti...

FLORA

Saca dinero de un cajón del escritorio, lo mete en un sobre y se lo da a su padre.

Toma, y procura que te duren un poco más que las otras, porque como se entere Agustín, ya tenemos otra vez el discurso sobre la inutilidad de la aristocracia y las excelencias de la burguesía. Y eso me crispa. Y estos días precisamente está de muy mal humor. Se conoce que le ha salido mal algún negocio...

MARQUÉS

Un poco de paciencia, hijita; un poco de paciencia. Es lo que yo le digo a tu madre: Pero señor, si el matrimonio es una cruz, ¿por qué no hemos de ponernos de acuerdo para repartirnos el peso?... Y además, no olvides lo que debemos a Agustín. Gracias a él la casa de los Madrigal no se ha hundido para siempre. Cuando se casó contigo estábamos tan mal de dinero que en Madrid, en este Madrid donde, como yo le digo, hay tanta gracia para poner motes, ya no me llamaba la gente el marqués del Madrigal. Como había venido tan a menos, me llamaban el marqués de la Aleluya. Bueno, hijita, te dejo porque es muy tarde y esta noche comemos en la Embajada inglesa. Elenita, te quedas o quieres que te lleve...

ELENA

Levantándose de la cama turca donde ha estado charlando con Jaime.

Sí, sí, me voy contigo, porque no tengo coche. *A Jaime.* Tú lo que tienes que hacer es casarte. Si quieres, yo me encargo de buscarte una novia que te convenga. *Besando a Flora.* Adiós, sol mío... *En voz más baja.* Oye, no me vayas a tomar manía por el sermón de antes...

FLORA

No tengas cuidado, Elena. Ya sé que me quieres de veras. Y yo a ti...

MARQUÉS

Adiós, sobrino. Que se te vea... Vete por el Club... Tenemos un *ecarté* muy concurrido.

JAIME

Sí, uno de estos días iré.

MARQUÉS

Adiós, hijita... *Besándola en la frente.* Que no sea nada lo de Luz. Dame el brazo, Elenita. *Van hacia la puerta de la izquierda.* No sé si te he contado lo que me pasó una vez, hace ya muchos años...

Salen.

ESCENA VI

FLORA y JAIME

FLORA

¿Qué te ha contado Elena? ¿Habéis chismorreado mucho?

JAIME

¡Pchs!... Regular. Hemos hablado de vosotros.

FLORA

¿De nosotros?

JAIME

Sí; de tu marido y de ti.

FLORA

¿Y qué te ha dicho?

JAIME

Nada. Según ella... sois muy felices. Pero yo no lo creo. O soy miope, o por lo que he podido ver estos días, tú no eres feliz con Agustín. *Flora calla pensativa.* Oye, Florín. *Acercándose a ella.* Dime... ¿es verdad eso?... ¿Eres desgraciada?

FLORA

Desgraciada... Ni eso. Si fuera desgraciada... sería algo, ¿comprendes?... ¡No soy ni desgraciada!

JAIME

Anda, Florín, hazme tus confidencias. Si no me las

haces a mí, que soy de la familia, ¿a quién se las vas a hacer? ... Agustín no aprecia lo que tú vales.

FLORA

Agustín es un hombre metalizado, de una educación y un modo de pensar distantes cien leguas de los míos. No se ha tomado el trabajo de comprenderme ni de hacer que yo le comprendiera. ¿Para qué? ... Yo creo que en el fondo me detesta; odia a la aristocracia, porque es orgullosa, y él en cambio tiene el orgullo de la burguesía. Sólo que él a eso le llama dignidad.

JAIME

Y aparte de eso, ¿cómo es contigo? ¿Te trata mal? ¿Sabes si tiene alguna amiga?

FLORA

No lo sé, ni me importa. Materialmente no me trata mal, ni yo se lo consentiría. Lo que es para mí un verdadero martirio es el eterno convivir con un hombre que no pierde oportunidad de decirme cosas por lo menos desagradables...

JAIME

Te compadezco con toda mi alma... *Confidencial.*

Dime la verdad: ¿no tienes en tu vida nada que te distraiga, nada que te haga olvidar esas amarguras?... Vamos, Florín, sé franca, confiésate conmigo... ¡Cuéntame tus aventuras!

FLORA

Yo no tengo aventuras. Puedes creerme. En el libro de mi vida, la página del amor está en blanco. Ya comprenderás que no son las ocasiones las que me han faltado. Joven, pasable, ¿verdad?, con suficiente libertad, me asediaron en seguida todos los profesionales: los que sólo se enamoran de mujeres casadas. Pero con esos no había peligro. Los conozco demasiado. Son siempre los mismos. Unos cuantos inocentes fatuos, que porque van a vestirse a Londres y arrastran las cadenas de un lío de marca, creen que todo les está permitido, y que no hay fortaleza que no se rinda. Conmigo, han fracasado. Y no hablemos de los imbéciles, los tontos del circo del amor, que porque ven que hay quien tiene aventuras, creen que es suficiente acercarse a una mujer casada para que ella caiga desfallecida de amor, y aún se extrañan de que no se les diga: «Pero, vida mía, ¿por qué me has hecho esperar tanto?...»

JAIME

Eso tiene gracia.

FLORA

¿Quieres que te diga la verdad... toda la verdad?... No sé si mi religión, si la consideración del deber, si el recuerdo de mi hija, hubieran bastado a preservarme de una caída, de no haber sido tan inmensa la estupidez de los hombres que se me han acercado. Cuánta vulgaridad, cuánta presunción, cuánta ramplonería... Qué poca habilidad y qué poca gracia para disfrazar unos apetitos que trascienden a dos leguas...

JAIME

Me dejas sorprendido. No sospechaba yo en ti ese profundo conocimiento de la imbécil vanidad masculina. Tienes razón... Así somos los hombres. Mejor dicho, así habéis hecho las mujeres que los hombres seamos. Lo positivo es que hasta ahora no se ha acercado a ti ningún hombre que al hablarte de amores supiera hacer vibrar tu corazón y tus sentidos... Y si un día se acercara a ti ese hombre, ¿has pensado, Flora, en lo que podía suceder?

FLORA

No... ¿para qué? He pensado que es muy triste vivir sin un amor, sin un cariño hondo, sin la esperanza de un amor siquiera, pero un amor único que durase tanto como la vida... más que la vida misma. Aventura, no. Amor, amor... Un amor que aunque fuera criminal, fuese tan grande que en fuerza de ser grande, se me pudiera perdonar. Eso, o nada. *Señalando la novela.* Y como la vida no da esos amores, me refugio en los libros en que los amantes se quieren con delirio, y con ellos sufro y con ellos gozo... ¿Me encuentras ridícula?

JAIME

¿Porque pides amor? Es la ley natural. El que no ama, no vive.

FLORA

Pues, entonces, *¡requiescat in pace!*

JAIME

No digas eso.

FLORA

Debo ser de otra pasta que las demás mujeres. Amor, lo que se dice amor, no lo he sentido nunca.

JAIME

Gracias.

FLORA

¿Por qué dices eso?

JAIME

Porque, si no recuerdo mal, hemos sido novios.

FLORA

¡Ay, hace mil años! Tenía yo entonces dieciséis.

JAIME

Pero, ¿te acuerdas?

FLORA

Siempre estábamos riñendo.

JAIME

¿Recuerdas por qué?

FLORA

Riéndose.

No.

JAIME

Yo, sí: porque tú eras muy celosa.

FLORA

Porque tú eras muy tonto y muy presumido, y te gustaba hacerme rabiar. Si me acuerdo, sí; besabas la mano a todas las señoras que venían a casa.

JAIME

Y me lo prohibiste, muy seria.

FLORA

¡Y tú, tan tranquilo! Un día llegó la Campo Alegre y traía puestos los guantes, y entonces tú la cogiste la mano, se la volviste y la diste un beso en la abertura del guante. ¿Te acuerdas?

JAIME

Me acuerdo... Y tú, furiosa, te fuiste a la cama sin comer, para hacerme rabiar.

FLORA

¡Qué tonta!

JAIME

¿Ahora no harías eso?

FLORA

¿Irme a la cama sin comer?

JAIME

No; enfadarte si besaba la mano a otra.

FLORA

Hombre; ahora, ya...

JAIME

Otra vez, como tus padres se oponían a nuestros amores, convinimos en suicidarnos. Yo tenía que comerme una pastilla de jabón, y tú te ahogarías metiendo la cabeza en una palangana llena de agua. A la una, a las dos y a las tres...

FLORA

Es verdad. Y cuando ya no podía más, medio asfi-

xiada, saqué la cabeza y te dije: Jaime, perdóname; nc tengo valor...

JAIME

Sí... tú sacaste la cabeza... pero yo ya me había comido media pastilla, y aunque suspendimos el suicidio de común acuerdo, yo estuve tres días malísimo.

FLORA

¡Pobrecillo!

JAIME

¡Qué tiempos aquéllos!

FLORA

Ya, ya. ¡Qué tiempos!

Silencio.

JAIME

¿Mejores que éstos, no?

FLORA

¡Quién sabe! Eran chiquillerías, ilusiones...

JAIME

De ilusiones se vive. *Pausa.* ¿No te gustaría hacer-os revivir siquiera un momento?

FLORA

¿Qué dices?

JAIME

Nada, nada... perdona.

FLORA

¡Tú estás loco!

JAIME

Chiquilla, me da tanta pena pensar que eres tan buena, tan bonita, y que no eres feliz.

FLORA

Déjalo... Ya no tiene remedio.

JAIME

Todo tiene remedio, si se quiere.

FLORA

¡Calla, calla! ¿Tú sabes lo que dices?... ¿La ofensa que me haces?

JAIME

¡Flora!

FLORA

Ofensa, sí, muy grave... Y, además, no está bien. No es digno de ti, Jaime... Porque te he dicho, porque te he contado... Pensando que no eras como los demás... ¡No está bien!... ¡No está bien!

JAIME

Los demás no te quieren como yo.

FLORA

Calla, calla.

JAIME

Los demás...

FLORA

¡Déjame, déjame!

Llora.

JAIME

¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? ¿Lloras? ¿Soy yo quien te hace llorar?

FLORA

Sí... tú... tú, que no has comprendido que en estas confidencias mías — tan imprudentes, ahora lo veo —, sí, había la amargura de un corazón que busca consuelo... ¡pero también la pena de una mujer que merece respeto!

Va a salir por la puerta de escape.

JAIME

Flora... perdóname... óyeme...

FLORA

No, no... ahora, no... Voy a ver a mi hija...

TELÓN

ACTO SEGUNDO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración que en el primero. Anochecido. Las luces encendidas. Hay flores en todas partes.

ESCENA PRIMERA

FLORA. Un CRIADO

Al levantarse el telón, Flora, que durante todo el acto tiene que demostrar una alegría grande, está sola en la cama turca y habla por teléfono.

FLORA

Al teléfono, a media voz.

¿Que si me acuerdo de ti?... Mucho más de lo que tú mereces... Con toda mi alma... ¿Yo?... Siempre... Pero si eres toda mi vida... Ten cuidado... El teléfono es tan indiscreto... Sí, sí; pero un cruce... Muy feliz, mucho; pero tengo miedo... No sé, tengo miedo... Eso de ti depende... ¿Qué?... Por Dios, ten cuidado...

CRIADO

Desde la puerta de la izquierda.

Señora...

FLORA

Que no ha oído llegar al criado. Sobrecogida.

¡Ay! Sí... ¿Qué pasa?

Tapa con la mano la bocina del teléfono.

CRIADO

La señora duquesa del Alamo y la señorita de Arenales, con una joven que parece una obrera, pregunta si les puede recibir la señora. Dice que se trata de una obra benéfica...

FLORA

Está bien... Que esperen. Ya le avisaré para que las haga pasar. *Sale el criado. Flora vuelve a hablar por el teléfono.* Qué susto me ha dado ese hombre... No, era el criado... La del Alamo y Carlota Arenales que vienen a verme... Sí, supongo que será para un sablazo... Soy tan feliz que quisiera que todo el mundo a mi alrededor lo fuera. Tú, el primero.:. Sí, si puedo, sí... Pero qué más deseo yo... Si puedo, antes... Sólo tuya... Si no lo creyera, me moriría... Hasta luego... Que sí... que sí... A las seis y media... Bueno... Hasta luego... Que sí, hombre, que sí... Adiós...

Cuelga el teléfono. Llama al timbre.

CRIADO

Señora...

FLORA

Que pasen esas señoras.

ESCENA II

FLORA, DUQUESA DEL ALAMO, CARLOTA ARENALES y PATRO

La duquesa del Alamo, una señora que ha sido muy guapa, ex escandalosa; ahora, muy «obra benéfica», diablo harto de carne. Carlota Arenales, solterona, fea, anticuada, prototipo de la secretaria de obras pías. Patro, obrera madrileña castiza, en estado bastante avanzado.

DUQUESA

Cómo estás, hija, Flora; venimos a molestarte, ¿no?

FLORA

Jovial.

Nada de eso, María... Al contrario, encantada de recibiros. ¿Cómo estás, Carlota?

CARLOTA

Bien, ¿y tú?

DUQUESA

¿Y Agustín y la niña?

FLORA

Muy bien... Muchas gracias.

Saludando con la cabeza a Patro.

PATRO

Muy buenas tardes, señora duquesa... ¿Está usted bien? ¿Y su familia?

DUQUESA

Esta joven es Patrocinio Alvarez. *La Patro*, como la llaman en su barrio. Es el número uno de las jóvenes acogidas a nuestra fundación... Patro: la señora no es duquesa, la señora es la señora de González Cavero.

PATRO

Ay, usted perdone, señora; pero como todas las señoras del Patronato son duquesas o marquesas o condesas, pues... una... por no quedar mal... Usted di-

imule... Porque usted ya ve... Como una no está hecha a estos trotes...

FLORA

Por Dios, qué más da. Pero, siéntense ustedes. *Dirigiéndose a la del Alamo y Carlota.* Pues vosotras diréis.

DUQUESA

Pues como sabrás, hace unas semanas hemos fundado esta Institución, de la que me honro en ser presidenta, que persigue un fin loable desde todos los puntos de vista. Mucho más en estos tiempos en que la impiedad, el vicio y el egoísmo se han desarrollado con tal ímpetu que, como decía el otro día el padre Castaño... ¿Oye, Carlotita, cómo fué aquéllo que dijo el otro día el padre en la plática?

CARLOTA

Mística.

La impiedad, el vicio y el egoísmo se han desarrollado con tal ímpetu que las almas elegidas se preguntan con angustia si es ésta la España de Ignacio de Loyola y Teresa de Jesús...

DUQUESA

Eso es... Ignacio de Loyola y Teresa de Jesús.

Ahora me acuerdo... Pues el fin que perseguimos, mi querida Flora, es evitar, por todos los medios a nuestro alcance, que las madres solteras abandonen a sus hijos. *Mientras habla, Patro baja la vista y retuerce con furia el delantal.* ¡Ay!, Patro, deja ese delantal, que me pones nerviosa... y estimularlas para que, ya que han cometido un pecado feísimo, *Mirando con severidad a Patro.* lo reparen, al menos en la medida de sus fuerzas, amamantando al fruto de ese pecado. Tu madre es la vicepresidenta, y Carlota, tan caritativa y abnegada como siempre, es la tesorera-secretaria. Al principio no quería... porque como se trata de una obra en la que por fuerza hay que ver cosas poco edificantes, ¿no?, ella, como soltera, tenía ciertos reparos, ciertos escrúpulos, pero el padre Castaño ha venido en nuestra ayuda, y con su santa palabra ha logrado convencerla

CARLOTA

Mística.

Tratándose de arrebatar almas al diablo, me encontrarán siempre dispuesta, siempre alerta... *Mirando de reojo a Patro.* Haz el bien y no mires a quién.

DUQUESA

Exacto. Después de largas discusiones, hemos bau-

zado a nuestra Institución con el nombre de «Las lagdalenas» ... Algunas señoras de la Junta se oponían porque, a su parecer, este título era más a propóito para una confitería que para una obra de caridad. 'ero, al fin, ha prevalecido este nombre, que tiene la entaja de decir en dos palabras casi todo lo que uestra obra significa. Las pecadoras arrepentidas... El pecado perdonado, la expiación.

CARLOTA

Tiene el inconveniente este patronímico de que no alude para nada al amamantamiento de los desdichados pequeñuelos. Pero la Fuentehermosa, que es muy instruída y colabora en el *Eco de Galilea*, la Revista del padre Castaño, nos asegura que María de Magdala tuvo tres hijos, y crió ella misma a los dos primeros. El tercero se le murió a los pocos días de nacer, a consecuencia de unas tercianas, que eran muy frecuentes, a orillas del Tiberiades...

DUQUESA

Claro que nuestra misión es más completa, más vasta. Siempre que la falta sea reparable por subsiguiente matrimonio, nos ocupamos de ello, y cuando esto no es posible, procuramos que, por lo menos, quede reconocida la criatura.

FLORA

Me parece perfectamente. Es una obra admirabl

DUQUESA

En cuanto a la forma de proceder... quiero que l escuches de los labios mismos de esta joven qu como te he dicho, es el número uno de nuestra Institu ción, que cuenta ya con muchas afiliadas. *A Patro.* Va mos, hija, cuéntale a la señora...

PATRO

Poniéndose en pie y hablando como quien recita una lección

Pues estaba yo la otra tarde en el taller de plancha porque servidora plancha de brillo, con las otras com pañeras, *la Nati*, *la Pelá* y *la Sinfo,* cuando vi de veni por la acera de enfrente a dos señoronas...

DUQUESA

No, hija; no es preciso que lo tomes tan desde el principio. Basta con que cuentes a la señora la con- versación que tuvimos contigo. *A Flora.* Ibamos Carlota y yo...

PATRO

¡Ah, bueno! Como otras veces lo he contado así... Pues, total, que entraron las señoras en el taller, y dirigiéndose a una servidora, pues, van y me dicen: «Usted es Patrocinio Alvarez... ¿no es eso?». Lo cual que yo me quedé tan estupefazta al oírme llamar por mi nombre que me se olvidó levantar la plancha, y le hice un bujero así a la camisa que estaba planchando.

DUQUESA

Pero, Patro, hija, cómo te voy a decir que no son necesarios todos esos detalles. Sáltate los pormenores.

PATRO

Bueno, pues me saltaré los pormenores, como ustez dice; pero lo que sí quiero contar aquí a la señora, es que costó Dios y ayuda el que me convencieran pa que me fuera en el auto con ellas. Primero, porque las compañeras me andaban con chuflas: «Oye, tú, a ver si son dos de la Poli que se han disfrazao de madamas y te enchiqueran... Que el otro día en el episodio treinta y cinco de la Hija del Lord, vimos una escena que es talmente ver esto», me decía la Sinfo; «que esa bajita, morena, de bigote, me decía la Nati, por aquí, la señorita. *Señalando a Carlota.* No me inspi-

ra ná de confianza... Que se parece la mar al seño Severiano, el guardia del once... »

DUQUESA

¡Patro!...

FLORA

Déjala... Si me hace mucha gracia...

PATRO

Pues tó eso por un lao... y luego que como está una tan adelantá... y dice la seña Ezequiela que es malismo pa esto andar en carruaje...

CARLOTA

Severa.

Patro... Abrevia.

PATRO

Si ya abrevio, señorita... Bueno, pos total, que me convencieron, que me llevaron a casa de aquí, la señora, *Señalando a la Duquesa.* y me metieron en un salón to de oro y sedas, y me sentaron en un sillón blandismo y me empezaron a leer unos papeles y que resultaba que sabían más de una servidora que una servidora misma. Que si tenía veinte años... que si no

tenía padre ni madre... que si vivía recogida en ca de una tía... que si mi novio se había escapao a América por mor del servicio... que si estaba así... Bueno, eso se veía...

CARLOTA

A Flora.

Todos estos datos nos los proporcionan los reverendos curas párrocos, que, como es natural, nos ayudan con todo celo en nuestra santa misión.

PATRO

Y después de to aquello, las señoras me hablaron con mucha dulzura... Y yo perdí el miedo y les conté lo poco que no sabían... y me dieron cincuenta pesetas para que vaya preparando el ajuar de lo que venga. Y me dijeron que to lo que costase el percance sería de su cuenta, siempre que yo críe a mi hijo. Bien que eso ya contaba yo hacerlo... ¡Pues sí que iba yo a abandonar a mi hijo! ¡Si ya le quiero sin conocerle!

FLORA

A la Duquesa.

¡Pobre!... ¡Es muy simpática!

PATRO

Y desde ese día cuasi todas las tardes en cuanto salgo del taller me reúno con las señoras y vamos a visitar a otras señoras muy principales, y cuando se lo cuento a las compañeras todo son bromas y cuchufletas. «Ay, chica, pues no eres tú nadie... Oye, te habrán dao té y to, ¿verdad, tú?... Cuando te digan que te quedes a comer, no vayas a pescar los curruscos de la sopa con los dedos, que para eso hay cucharas...» ¡Qué sé yo! Ya no me llaman en el taller más que la duquesa del Almidón. Pero como una ná pierde, y aquí, las señoras, son muy buenas... Pues una, encantá, y allá ellas si pasan un buen rato las pobres.

DUQUESA

Hasta ahora hemos tenido suerte. Quitando ocho o diez, a casi todas lograremos casarlas. Pero qué cosas se ven y se oyen, Florita. No te puedes imaginar. ¡Cómo está el mundo! ¡Qué hombres! ¡Qué hombres!

CARLOTA

Bajando la vista.

El demonio nos acecha en todas partes... Vigilad

y orad, porque el espíritu es fuerte, pero la carne es flaca...

DUQUESA

En fin, hija, a lo que venimos... Aunque tenemos bastantes suscripciones, los fondos no alcanzan aún a cubrir gastos. Necesitamos que las personas pudientes nos ayuden. Espero que podremos contarte entre las suscriptoras.

FLORA

Pues no faltaba más... Tratándose de una obra así y siendo cosa vuestra... ¿Cuál es la cuota corriente?

DUQUESA

Eso depende de cada cual. Carlota, hija, haz el favor de leer a Flora la lista.

CARLOTA

Leyendo.

La Torregrande, cincuenta pesetas al año. La Huerto Azul, cien pesetas. La Casa Hermosa, setenta y cinco. La de Estévez, mientras su marido sea Ministro, cincuenta; en la oposición, cinco...

FLORA

Bueno, apúntame con setenta y cinco pesetas. *A Patro.* Y usted, joven, me ha sido muy simpática y quiero también hacerla mi regalito. *Va al cajón del escritorio y saca cincuenta pesetas.* Tome usted, y cuando salga de su cuidado, quiero que me avise. Le enviaré algunas cositas para su hijo.

DUQUESA

Mil gracias, Florita. Dios te lo pague. Patro, da las gracias a la señora.

PATRO

Conmovida.

Un millón de gracias, señora duquesa, digo, señora... Muchísimas gracias...

DUQUESA

Despidiéndose y abrazándola.

Bueno, Flora, pues no te molestamos más. Otra vez mil gracias por todo. Recuerdos a tu marido. Besos a la niña.

CARLOTA

Adiós, Flora. Que el Señor te premie tu dádiva. En

la pradera de la caridad, las limosnas son las margaritas, como decía el otro día el Padre Castaño.

FLORA

Adiós, María; adiós, Carlota... *A Patro.* Y buena suerte...

PATRO

Muchas gracias, señorita. *A Carlota.* Pa que luego digan que no es verdad que cada niño trae un pan debajo del brazo... Amos, si esto es talmente de película.

Vanse.

ESCENA III

FLORA, AGUSTÍN y UN CRIADO

Al quedarse sola Flora, tarareando, se contempla en el espejo, arreglándose el peinado. Al entrar Agustín cesa de pronto de tararear y sigue arreglándose el pelo, mirándole de reojo.

AGUSTÍN

Viene de la calle, con el sombrero puesto. Trae una gran cartera, con papeles, debajo del brazo. A Flora. Muy seco.

¡Hola!

FLORA

En el mismo tono.

¡Hola!

Agustín deja la cartera y el sombrero sobre el escritorio. Llama al timbre y se pone a revisar unos papeles. Flora vuelve a tararear.

CRIADO

¿Llamaba el señor?

AGUSTÍN

Dándole la cartera.

Sí, ponga esto en el cuarto. Prepáreme las maletas. Me voy a Barcelona por dos días. A Julián que espere con el automóvil, que tiene que llevarme a la estación.

Sale el criado.

FLORA

¿Te vas a Barcelona?

AGUSTÍN

Ya lo has oído. *Silencio. Sigue revolviendo sus papeles. Flora tararea.* ¡Qué contenta estás!

FLORA

¿Te molesta?

AGUSTÍN

No, hija, no... Dichosa tú que no tienes preocupaciones.

FLORA

¿Y tú las tienes?... ¿De qué se trata?

AGUSTÍN

De qué se va a tratar... De mis asuntos... Todo se enreda.

FLORA

Tampoco hay que tomar las cosas tan a pecho. Como si no tuvieras bastante dinero...

AGUSTÍN

Nunca se tiene bastante dinero. Nadie sabe lo que puede suceder mañana. ¡Pues buenos están los tiempos! Ahí tienes a los grandes Duques rusos. ¡Si hace unos años les hubieran dicho...!

FLORA

¿Es Lenine el que te tiene tan preocupado?

AGUSTÍN

Sí, tómalo a broma... Teníamos planeado un negocio magnífico en el Pirineo Catalán. Unos saltos de agua... Hemos gastado un dineral en estudios y proyectos. Ya estaba todo a punto. Viene la crisis, cambia el Gobierno y todo patas arriba... Vuelta a empezar... ¡Te digo que es para volverse loco!

FLORA

No tanto, hombre, no tanto.

AGUSTÍN

¿Qué sabes tú? Las mujeres no entendéis de estas cosas. A vosotras en cuanto os sacan de vuestros trapos y de vuestras murmuraciones.

FLORA

Ahora soy yo la que te digo: ¿qué sabes tú de las mujeres?... A ti, en sacándote de tus negocios...

AGUSTÍN

Evidentemente yo no tengo la pretensión de entenderos... como la tienen otros.

FLORA

¿Otros? ¿Qué otros?

AGUSTÍN

Otros... Jaime, por ejemplo.

FLORA

¿A qué viene eso?

AGUSTÍN

Sabes muy bien por qué te lo digo. Con un pretexto o con otro, Jaime se pasa aquí la vida. Unas veces viene a verte a ti; otras, a pedirme un consejo en tal o cual asunto... otras, a jugar con Luz...

FLORA

Sabes de sobra que a Luz le entretienen mucho los cuentos de Jaime.

AGUSTÍN

¿A Luz, o a ti?

FLORA

¡Cielos! ¿Qué escucho?... ¿Serías tú capaz de sentir celos?

AGUSTÍN

¿Celos?... No, mujer, no... Ese es un entretenimiento para personas desocupadas. Es uno de los lujos que los hombres de negocios no podemos permitirnos. Hacen perder mucho tiempo y el tiempo es oro. ¿Celos yo?... ¿Y de ese mequetrefe?... ¿Por quién me has tomado a mí?

FLORA

¡Ay, hijo, perdona... perdona...! Pero como me decías eso con un tono...

AGUSTÍN

Te lo decía, porque me molesta ver que no tomas nada en serio. Y estas cosas del dinero lo son. Para ti el dinero es algo que hay que gastar de prisa, lo antes posible, ¿no es eso? Ya sabes que yo no soy tacaño contigo. Pero hay cosas que me molestan. Me ha dicho don Luis que este mes te tiene dadas diez mil pesetas más de la cuenta... ¿Se puede saber en qué se te va el dinero?

FLORA

Pero, Agustín, por Dios... ¿Tú sabes cómo está todo? Y luego los sablazos para las obras de cari-

dad... Es horrible. Nunca ha habido tantas desgracias como ahora.

AGUSTÍN

De sobra sé yo la clase de menesterosos que tú socorres. Esto no puede continuar. No es cosa de que yo me pase la vida trabajando para que el... vago de tu padre se dé buena vida y se gaste con sus amigotes lo que a mí me cuesta tanto ganar.

FLORA

¡Ay, Agustín!... Qué humor tienes hoy... Está bien, ahorraré. Haré economías. Mira, casualmente esta mañana me he encargado dos trajes de tarde con sus sombreros, y uno de noche... Daré contraorden. Diré que no me hagan más que uno de tarde y dos de noche. Los de noche son regalados. Tienen tan poca tela... Y además, como no hace falta sombrero...

AGUSTÍN

No, no... Si precisamente eso es lo contrario de lo que yo quiero. No se trata de ti. Tú eres mi mujer y puedes gastar todo el dinero que necesites. Pero en ti... en tu persona. Lo que no quiero es que tu padre...

FLORA

¡Pobre papá! Con lo que él te quiere a ti.

AGUSTÍN

No faltaba más sino que encima no me quisiera. Pero yo me he propuesto que esto termine y para ello le he dado a don Luis mis instrucciones.

FLORA

Pero ¿qué te importan a ti unos miles de pesetas más o menos?... Por eso no vas a ser más pobre ni más rico.

AGUSTÍN

Lo de menos son las pesetas. Pero que crea que tiene derecho a ellas por su linda cara, porque es el marqués del Madrigal, no. Que trabaje y haga algo de provecho como hacemos los demás, que por eso no se le va a romper nada.

FLORA

Mira, me voy, porque vas a conseguir ponerme de mal humor y hoy me he propuesto no enfadarme.

Sale por la puerta de escape.

ESCENA IV

AGUSTÍN y el MARQUÉS

Agustín, al quedarse solo, da unas vueltas por el cuarto, nervioso y malhumorado. Entra el Marqués.

MARQUÉS

¡Hola, hola, Agustín, dichosos los ojos!... ¡Qué sé 'o el tiempo que hace que no te veía!

AGUSTÍN

Desabrido.

Sí, en efecto, hace mucho tiempo que no nos 'emos...

MARQUÉS

Claro, los negocios son los negocios... No dejan iempo para nada.

AGUSTÍN

El mismo tono.

Para nada.

MARQUÉS

Pero en medio de todo debe ser muy agradable tener una ocupación interesante y productiva.

AGUSTÍN

Irónico.

¿Tú crees?

MARQUÉS

¡Que si creo!... A mí, aquí donde me ves, me encantaría hacer negocios. Debe ser delicioso que por las mañanas entre en el despacho el cajero, o el tenedor de libros, o quien sea, porque en eso no estoy muy fuerte, y te diga: Ayer hemos ganado treinta mil pesetas...

AGUSTÍN

En el mismo tono.

¿Tú crees que si no fuera por ese rato habría quien se metiera en negocios?

MARQUÉS

¡Verdad!... Es lo que yo digo. Oye, lo que no acabo de comprender bien es cómo os las arregláis para que todos los balances tengan siempre la misma cifra

en el activo que en el pasivo: Activo, trescientas veintisiete mil cuatrocientas ochenta y nueve pesetas con treinta y cinco céntimos. Pasivo, trescientas veintisiete mil cuatrocientas ochenta y nueve pesetas con treinta y cinco céntimos. ¡Es mucha casualidad que coincidan hasta los céntimos!...

AGUSTÍN

¿Qué quieres? Son cosas que pasan...

MARQUÉS

De todas maneras, a mí me encantaría meterme en negocios. Me han ofrecido uno que seguramente te interesará. *Saca unos papeles del bolsillo y se pone los lentes.* Se trata de la patente de un aparato muy curioso para conservar la raya de los pantalones. Mira...

AGUSTÍN

No te molestes... Dentro de un rato salgo para Barcelona y no tengo tiempo de escuchar sandeces. Además, cuando alguien te proponga algún negocio, lo que tienes que contestar es que tú ya te has retirado de ellos. Que para negocio bueno el que hiciste hace unos años, pescando para yerno a González Ca-

vero... Ese es un buen negocio. Sólo que puede qu se estropee... ¿Te has enterado?...

Va hacia la puerta de escape

MARQUÉS

Pero hombre, Agustín, no comprendo...

AGUSTÍN

¡Ah! ¿No comprendes? Tu hija se encargará de explicártelo.

Vase.

ESCENA V

EL MARQUÉS. Luego FLORA.

MARQUÉS

Pues, señor, es lo que yo digo. Se quejan de que uno no hace en la vida nada de provecho, y en cuanto se toma en serio algún asunto, ni le escuchan a uno. No cabe duda de que el aparato éste está de malas. Tres veces he sacado del bolsillo los papeles para explicar el negocio, y las tres me los he tenido que volver a guardar sin que me escuchen. *Guarda los papeles.* Rodrigo, hijo, no has nacido para hacer negocios... Tu porvenir está en el *ecarté*...

FLORA

Entrando por la puerta de escape.

¡Hola, papá! Pero, ¿qué haces aquí tan solo?... ¿No has visto a Agustín?

MARQUÉS

Sí, hija, sí, y por cierto que estaba de bastante mal humor. He querido hablarle de un asunto muy importante y se ha marchado con cajas destempladas...

FLORA

Hoy está en un día fatal. Menos mal que se va por dos o tres a Barcelona... ¿Y qué te trae por aquí a estas horas?

MARQUÉS

Temeroso.

¿Qué me va a traer? Lo de siempre, hija; lo de siempre. El maldito dinero... Es lo que yo digo. Pero, señor, ¿por qué hará falta dinero para vivir?

FLORA

¿Y has perdido mucho?

MARQUÉS

Llevo perdidas diez mil pesetas en tres días, y de ellas debo cuatro y tengo que pagarlas hoy sin falta, porque ahora han puesto de moda lo de pagar a las veinticuatro horas, y es tremendo... Es lo que yo digo: ya no puede uno ni perder a gusto.

FLORA

¡Pobre papá! ... ¡Qué mala suerte tienes! *Amenazándole con el dedo.* En el juego, ¿eh?, en el juego... porque en lo demás... Ya, ya estoy enterada...

MARQUÉS

¿Qué, también a ti te han venido ya con el cuento? Pues, señor, ¿quién será el que se entretenga en ocuparse de lo que no le importa?

FLORA

¡Ah! ¿De modo que es verdad?

MARQUÉS

Que está deseando contarlo

Pero si es una tontería... Nada... Una chiquilina del Reina Victoria que me ha tomado cierto cariño Realmente es muy monina... ¿sabes? Más que nada

es por darle en la cabeza a Joaquinito Bazán, que cree que todas las mujeres se mueren por él a pesar de sus cincuenta archicumplidos. Es lo que yo le digo: no te hagas ilusiones, Joaquinito. Las mujeres no te buscan a ti... Lo que buscan es la sombra de tu reputación. Y a él se lo llevan los demonios, porque no quiere reconocer que ya está viejo.

FLORA

Lo comprendo.

MARQUÉS

Por lo que más quieras, que no se vaya a enterar tu madre... Que el año pasado, cuando supo mi aventura con aquella francesita que vino a Romea, en castigo me obligó a estar diez días en la cama a caldo y Jerez, y me lo traía ella misma y me decía con una cara muy sonriente: cuidate, Rodrigo, cuidate, que si no a tu edad pueden costar muy caros estos excesos. Ya ves, total, porque cené dos noches con la francesita en Parisiana. Por más que ahora... sólo tiene tiempo para ocuparse de esa obra de «Los Suizos» que han fundado.

FLORA

¡Los Suizos!... Querrás decir «Las Magdalenas».

MARQUÉS

Qué más da... Repostería al fin y al cabo. Cuestión de pasar el rato... Tenemos todo el día la casa llena de Magdalenas. Por cierto que las hay muy apetitosas...

FLORA

Hace un rato acaban de marcharse de aquí la del Álamo y Carlota Arenales, que han venido a visitarme para que me suscribiera. ¡Cómo está esa pobre Carlota!

MARQUÉS

Hecha un loro. La han puesto un mote muy gracioso. Como es tan tostadita y tiene esa cintura, y está metida en todas las obras de caridad, la llaman «el cacahuet benéfico». Es lo que yo digo: para motes, Madrid.

FLORA

¡Pobre Carlota!... Sí que tiene gracia. *Está como distraída; de pronto pregunta.* Oye, papá: ¿qué tal persona es Jaime?

MARQUÉS

¿Qué Jaime?

FLORA

Jaime... el primo...

MARQUÉS

Pero ¿por qué me preguntas eso?

FLORA

Por nada, ya te diré... Tengo un plan.

MARQUÉS

Alguna amiguita soltera que quieres casar, ¿no es eso?... Y tú, picarona, quieres que tu padre te informe... Si es lo que yo digo: para un padre, una hija siempre tiene el pecho de cristal... Bueno, antes que yo, creo que ya lo había dicho Núñez de Arce.

FLORA

No lo dijo enteramente así... Y además fué Campoamor.

MARQUÉS

Qué más da. Pues mira, te diré... Jaime, en el fondo, es un muchacho excelente. Un poco loco, eso sí... Pero es lo que yo digo: de médico, poeta y loco, todos tenemos un poco. Jaime es muy espléndido, ya sabes

que eso es de familia, y en pocos años derrochó la mayor parte de su herencia. ¡Ah, eso sí, pero como un señor! Porque es lo que yo digo: de casta le viene al galgo... Amigos, festines, mujeres... ¡Hizo bien, qué diablo! Juventud, no hay más que una. Cuando se enteró de que no le quedaba más que la casa de Madrid y unas tierras en Salamanca, vendió las tierras, y con lo que de ellas sacó, se fué a la Argentina. Dicen que ha ganado dinero... Pero si quieres, me puedo informar discretamente... por ejemplo, preguntándoselo a él.

FLORA

No, papá; si mi amiga no es interesada. Lo que quiere saber es algo de su vida sentimental. Si es hombre formal en sus amores...

MARQUÉS

En cuanto a eso, tu amiga puede estar tranquila. Jaime es un caballero. Ha tenido sus aventurillas de todas clases... Pero es lo que yo digo: El que no las tiene de soltero, las tiene de casado, y el que no las tiene ni de soltero ni de casado... ¡peor para él! Estoy seguro de que Jaime será un marido excelente.

FLORA

Gracias por tus informes. Ahora vamos a hablar de negocios. ¿Decías que necesitabas cinco mil pesetas?... ¿Hoy, sin falta?

MARQUÉS

Sí... eso es... Cinco mil pesetas...

FLORA

El caso es que yo estoy ya sin un céntimo. Pero creo que todo podrá arreglarse... *Llama al timbre.* Verás...

ESCENA VI

DICHOS y un CRIADO

CRIADO

¿Qué desea la señora?

FLORA

¿Está don Luis en casa?

CRIADO

Creo que sí, señora.

FLORA

Dígale usted que haga el favor de venir. *Sale el criado.* Después de las instrucciones que le ha dado hoy Agustín, debe estar muy duro de pelar, pero apelaré a un recurso que espero no me falle. El pobre está enamoradísimo de Luisa, mi manicura, y quiere casarse con ella. Yo le protejo en sus amores y la estoy convenciendo a ella de que se case, porque don Luis es una bellísima persona y tengo la seguridad de que la hará feliz...

ESCENA VII

FLORA, MARQUÉS y DON LUIS

DON LUIS

Desde la puerta de la izquierda.

¿Da la señora su permiso?

FLORA

Adelante, don Luis.

DON LUIS

Haciendo una reverencia.

¿Cómo está la señora? *Otra reverencia.* Señor marqués...

MARQUÉS

Felices, don Luis. ¿Y ese reuma?

DON LUIS

No muy cristianamente, señor marqués. Estos días de niebla me lo exasperan sobremanera. ¿La señora marquesa goza de cabal salud...?

MARQUÉS

Cabalísima...

DON LUIS

Muy vivamente lo celebro... La señora dirá...

Durante toda esta conversación el marqués finge leer un periódico.

FLORA

Diga usted, don Luis, ¿cómo andamos de cuentas este mes?

DON LUIS

Muy mal, señora; muy mal... Por la mía, tiene recibidas la señora unas diez mil y pico pesetas más de lo debido... *Saca del bolsillo un cuadernito.* Exactamente. Diez mil ochocientas treinta y ocho pesetas...

FLORA

Diga, usted, don Luis... ¿No podría usted adelantarme cinco mil pesetas sobre el mes que viene?

DON LUIS

La señora me perdone, pero precisamente esta mañana me ha dado don Agustín órdenes terminantes respecto a los anticipos en metálico a la señora... Puede creer la señora, que si de mí solo dependiese...

FLORA

Pero vamos a ver... Si de esto no tiene necesidad de enterarse nadie... ¿sabe usted?; es que se trata de una ganga que ha descubierto mi padre en casa de un anticuario, y como siempre hay golosos para estas ocasiones, yo no quisiera que se me escapara.

DON LUIS

Señora, yo le ruego encarecidamente que no me ponga en el duro trance de tener que negarla...

FLORA

Basta, basta, don Luis... No se apure usted... Era un capricho mío; pero, puesto que no es posible, qué le vamos a hacer... Paciencia... Nos resignaremos... *En voz más baja.* Hoy ha estado aquí Luisa...

DON LUIS

¿Pero no era mañana cuando le tocaba venir?

FLORA

Sí, pero no podía... Vino hoy... Hemos hablado largamente de usted...

DON LUIS

Transfigurado.

¿Y qué ha dicho, qué ha dicho?... ¿Ha madurado ya su resolución?

FLORA

Está indecisa... No sabe qué hacer... Claro es que por un lado es muy tentador lo que usted la ofrece...

Una posición desahogada, un nombre, un hogar tranquilo y confortable... Pero por otro lado, el matrimonio tiene también sus inconvenientes... Son ustedes tan malos... Ella quiere que yo la aconseje, que sea yo quien decida...

DON LUIS

Señora, por Dios, yo ruego a la señora que abogue por mí y mi agradecimiento hacia usted será tan eterno como mi mismo amor, que sólo la muerte podrá apagar...

FLORA

Confíe usted en mí, don Luis... Yo haré cuanto esté de mi parte... Ya sabe usted lo mucho que le queremos en esta casa.

DON LUIS

Gracias, señora... Mil y mil veces gracias. Qué buena es la señora para este indigno servidor... Algo más quisiera rogar a la señora, abusando de su bondad... Y es ello, que vea de convencer a Luisa para que abandone su profesión... honrosa a todas luces, que ella en sí nada tiene de deshonesta, pero que, por sus naturales accidéntes, puede a veces ser propicia

ocasión para alusiones o gestos que mortifiquen su natural recato... ¿Me comprende la señora?

FLORA

Sí, sí... Don Luis... Le comprendo... Usted lo que quiere es que Luisa, una vez casada, no arregle más manos que las suyas... ¿No es eso?... ¿Sabe usted lo que le digo? Que es usted un acaparador...

DON LUIS

Señora... ¿Y en qué ocasión no lo fué Cupido?...

FLORA

Tiene usted razón, don Luis... Procuraré convencerla...

DON LUIS

Mil gracias de nuevo, señora... *Llevándola al lado opuesto de donde está sentado el marqués, y bajando la voz.* Y en cuanto al anticipo de cinco mil pesetas de que antes me habló la señora... Si la señora me promete que no lo sabrá nadie... Pero sólo con esa condición... Porque si don Agustín se entera de que le había desobedecido... *Sacando unos billetes del bolsillo.* Justamente, esta tarde he cobrado unas rentas... ¿Cuánto necesita la señora... cinco mil? Le voy a dar a la señora seis

mil, por si acaso... Estos anticuarios son tan informales... Se las retendré a la señora del dinero del mes que viene. Pero, señora, por amor de Dios, que no lo sepa nadie... Por si acaso, mejor es que se lo oculte también al señor Marqués...

FLORA

Irónica.

Descuide usted mi buen don Luis; mi padre no se enterará...

DON LUIS

Si la señora no se sirve ordenarme otra cosa, con su licencia me retiro... Estoy acabando de componer unos endecasílabos con que quiero sorprender a Luisa el día de su cumpleaños. Ya sabe la señora que es mi debilidad... Los ratos en que Mercurio me da asueto, torturo a Polimnia... Señora... Señor Marqués...

Reverencia y vase.

ESCENA VIII

FLORA y EL MARQUÉS

FLORA

Pobre don Luis... Es un bendito.

MARQUÉS

Tirando el periódico y abrazándola, entusiasmado.

Hija mía, eres admirable... ¡Qué habilidad, qué diplomacia! ¡Ya quisiera Alba! No, si es lo que yo digo... Estas cosas se heredan...

FLORA

Bueno, aquí tienes tus cinco mil pesetas... Y estas mil restantes, las destinas a fondo de previsión. ¿No se dice así?...

MARQUÉS

Sí, creo que sí; pero sabes, no te lo puedo asegurar, porque está visto que yo en negocios no estoy muy fuerte...

FLORA

Besando a su padre.

Qué, ¿estás contento?

MARQUÉS

¿Cómo no he de estarlo? ..Si es lo que yo le digo à tu madre: un ángel... nuestra hija es un ángel... *Sacando el reloj.* Vaya, me voy al Club, que son más de las seis, no vaya a creer Ignacito Páramo que no le

pago... *Van hacia la puerta de la izquierda.* Adiós, hija mía; otro beso. *Guardando cinco mil pesetas en un bolsillo.* ¡Ajajá! *Metiendo las otras mil en otro bolsillo.* Aquí el fondo de previsión...

Vase.

FLORA

Desde la puerta.

¡Adiós, papá!... Y ya sabes...

MARQUÉS

Desde dentro.

Sí, hija; sí...

ESCENA IX

FLORA y una DONCELLA

En cuanto se queda sola, Flora llama al timbre, como quien tiene mucha prisa. Luego apaga casi todas las luces.

FLORA

Las seis y media... Qué tarde... Ya estará impaciente...

DONCELLA

¿Qué desea la señora?

FLORA

Mi sombrero y el abrigo, pronto...

Salen las dos por la puerta de la derecha. Queda la escena sola unos minutos. Llama el teléfono.

FLORA

Desde la puerta, hablando con la doncella.

Si viniera la señora Marquesa o la señora Duquesa del Rocío o alguien, que no volveré hasta las nueve... *El teléfono se desgañita.* El automóvil está abajo, ¿verdad?

DONCELLA

Sí, señora.

FLORA

Al teléfono.

¿Quién?... Sí, sí... ¡Ay, por Dios, qué contrariedad!... Te iba a avisar en este momento... Hoy, imposible... Figúrate que se le ha antojado que vayamos al teatro... Sí, sí... Me estoy poniendo los guantes... No; él está ya abajo... Me espera en el coche...

Pero, hombre, no digas disparates... Pero, qué quieres que yo le haga. *Cambiando de tono.* No, hombre, no; si es una broma... Ahora mismo... Se ha ido a Barcelona por dos días... Dos días... Sí, sí; has oído bien... Cuarenta y ocho horas... ¿Pero, qué dices?... ¡Qué loco eres!... ¡Mi loco! ¡Mi loco!... Sí, mi alma... Ni cinco minutos... Que sí, que sí... Qué cosas se te ocurren... Con toda mi alma... Voy, voy...

Sale precipitadamente.

TELÓN

ACTO TERCERO

ACTO TERCERO

La misma decoración que en los anteriores. Anochece.

ESCENA PRIMERA

FLORA sola; después LUZ y MISS BETTY

Al levantarse el telón, Flora, sentada junto a su escritorio, escribe una carta... La rompe... Empieza otra y la rompe también. Va al teléfono, que está sobre una mesita, y duda si llamar o no. Por fin, desiste. Se sienta en un sillón y apoya su cabeza en una mano. Piensa. Todo lo que antecede tiene que hacerlo como una persona a quien atormenta una preocupación y que sostiene una lucha interior evidente. A los pocos minutos entran Luz y Miss Betty por la puerta de la izquierda. Vienen de paseo.

MISS BETTY

Good evening, Ma'me...

FLORA

Good evening, Miss Betty... *Besando a Luz.* Hija mía... ¿Has sabido hoy la lección?

MISS BETTY

Oh, sí... Hoy ha estado verdaderamente aplicada.

LUZ

Oye, mamá... ¿Verdad que cuando papá venga de París, me va a traer un «auto» de veras?

FLORA

Sí, hija, sí... Si eres buena, papá te traerá de París un «auto» de veras.

LUZ

A Miss Betty, triunfal.

Lo ves como sí me lo va a traer...

MISS BETTY

Oh, sí; pero tienes que estar muy más buena.

LUZ

Mimosa.

Anda, mamá... Cuéntame un cuento como los de tío Jaime, que son tan bonitos...

FLORA

Como ausente.

Como los del tío Jaime... Ahora, no... monina... Luego, más tarde... Antes de irte a acostar, vienes y te lo cuento... ¿Quieres?... Anda, ahora ve a tu cuarto con Miss Betty...

MISS BETTY

Go on... Luz...

LUZ

Voy... pero luego vengo a que me lo cuentes, ¿eh, mamina?...

FLORA

Besándola.

Sí, mi vida, sí... Luego vienes...

Salen por la puerta de escape.

ESCENA II

FLORA, UN CRIADO y luego ELENA.

CRIADO

Señora: la señora duquesa del Rocío pregunta si recibe la señora, y como la señora había dado orden de que no estaba para nadie...

FLORA

¿Dónde está la señora duquesa?

CRIADO

Espera abajo en su automóvil...

FLORA

Dígale que suba...

Mientras sube Elena, Flora va al espejo y procura componerse un semblante más alegre. Enciende una lámpara de las que están encima de una de las mesitas.

ELENA

Hija, qué penumbras... Cómo se conoce que estás enamorada...

FLORA

¿Tú crees?

ELENA

¿Que si creo?... ¿De modo que eres feliz?...

FLORA

Soy feliz...

ELENA

Lo dices de un modo...

FLORA

¿Cómo quieres que lo diga?...

ELENA

No sé... *Acercando la lámpara para verla la cara.* Pero al verte cualquiera pensaría lo contrario... Tienes una cara... A ti te pasa algo... ¿Por qué no me cuentas tus penas?

FLORA

Mis penas...

ELENA

Cállate, no me cuentes nada, responde sólo. Haré como esos confesores bondadosos y experimentados que ayudan a los penitentes tímidos, poniéndoles delante los pecados que en ellos sospechan para que no tengan más que contestar sí o no... Vamos a ver... Jaime ya no te quiere como antes...

FLORA

Y tú, ¿por quién lo sabes?

ELENA

Qué niña eres... ¿Crees que yo me he enterado por ahí?... ¿Te figuras que una de estas tardes, en el Golf, en la tertulia de la chimenea se hablaba de eso? «¿Sabéis la noticia? Jaime ya no quiere a Flora como antes...» No, monina, no... La gente no se ocupa ya de vosotros. La gente lo que quiere son novedades, noticiones... Pero yo sabía que tenía que llegar el momento en que Jaime te quisiera menos...

FLORA

¿Y por qué no, yo a él?...

ELENA

Porque siempre, uno de los dos quiere más que el tro, y en este caso, como ocurre la mayor parte de is veces, eres tú, la mujer, quien había puesto más ariño...

FLORA

Eso, no; eso, no... Yo estoy segura de que Jaime ie quería con toda su alma... Hay cosas que no se ›ueden fingir.

ELENA

¿Pero tú crees que yo dudo de ello?... Jaime te iabía dado todo su amor... Todo el amor de que es ;apaz un hombre. Pero tú no comprendes, criatura, jue ese amor, que es para ti toda tu vida, no es más jue un episodio de la suya...

FLORA

¡Un episodio!

ELENA

Tú, a él, se lo sacrificas todo... Tu conciencia... Tu tranquilidad... Acaso, acaso, tu vida... ¿Qué arriesga él, en cambio? La remotísima probabilidad de que

os sorprenda Agustín, y, en tal caso, el lance de honor... las dos balas cruzadas sin resultado... Porque reconocerás que el drama pasional está cada vez menos de moda... Ya quedan pocos maridos calderonianos... y en cambio hay mucho filósofo.

FLORA

Yo no tengo tu experiencia, yo sé muy poco de estas cosas de amor; pero mi instinto de mujer me decía que aquel hombre era mío, mío... Que su amor era el amor que yo había soñado... Yo era feliz. Y lo era tanto, tanto, que comprendía que aquella felicidad no podía durar...

ELENA

Pero, ¿qué os ha pasado?

FLORA

No lo sé... Él no vivía más que para mí, pendiente de lo que yo hiciera... Me llamaba por teléfono tres y cuatro veces al día... Me escribía cartas apasionadas los días que no podíamos vernos...

ELENA

Conozco esa etapa. Ese es el período que yo llamo de la fiebre de las comunicaciones...

FLORA

De pronto, hará cosa de un mes, sin saber por qué, n que entre nosotros hubiera habido el menor disısto, empezó a quererme menos... Al principio eran etalles apenas perceptibles... Él sabía mi debilidad or las rosas de té, y, cuando iba a verle, nuestro nido staba siempre cuajado de ellas... Un día llegué y no abía rosas... No dije nada; pero él debió comprender ıe las echaba de menos... «No había hoy rosas amallas en todo Madrid», me dijo. Al día siguiente no cibí carta suya, ni me llamó por teléfono. Pregunté su casa... «El señor está de caza», me dijo Fidel, su yuda de cámara... Qué raro, pensé; no me había icho nada... *Elena ríe.* ¿Por qué te ríes? ...

ELENA

Por nada... Lo de todos... Sigue... sigue...

FLORA

A los dos días volvimos a vernos... No le hice ninún reproche. Él hablaba menos, estaba como preocupado. De pronto, contra mi voluntad, sin yo quererlo, torturada por la idea fija, se me escapó la frase: ¡Jaime, tú ya no me quieres! ... » Él entonces me ıbrazó, me cubrió de besos el pelo, los ojos, la boca,

mientras me decía: «¡Que no te quiero!... ¿Por qué n dices eso?... ¡Si supieras el daño que me haces Había tal acento de sinceridad en su voz y en sus p labras, que aquella noche volví a casa contenta, ca convencida...

ELENA

¿Y después?

FLORA

Después... un día telefonea disculpándose porqu tiene tal o cual asunto urgente... Otro día, hoy hac ocho, la última vez que nos vimos, en la conversació se le escaparon o dijo, con intención, frases como és tas: «No hay que pedir a la vida más de lo que la vid puede dar... El ideal del amor es que acabe convi tiéndose en una amistad fuerte y reposada...» ¡Si t supieras, Elena, lo que yo he llorado!

ELENA

¡Pobre Flora!

FLORA

Si tú supieras cuántas veces he recordado esto días aquella conversación que tuvimos tú y yo, aquí mismo, hace unos meses... ¡Qué razón tenías, Elena

lora con desconsuelo. ¡Y yo que le queria más que a mi ida!

ELENA

Consolándola.

No llores, Florín; no seas tonta... Ningún hombre, ninguno!, ¿lo oyes?, vale unas lágrimas de una mujer. Todos son así. No es culpa de ellos. Los pobres dan lo que tienen... Ya verás, todo pasa... También nosotras podemos olvidar...

FLORA

No, Elena, no... Yo no podré olvidar nunca. Podré dejarle de querer... podré aborrecerle... Pero estos amores dejan una amargura en el alma, que tiene que durar lo que la vida dure...

ESCENA III

FLORA, ELENA y un CRIADO

CRIADO

Con una bandeja en la mano.

Señora... Una señorita, con acento americano, que desea ver a la señora. La he dicho que la señora no

recibía; pero ha insistido en que pasara la tarjeta. Dic
que es para un asunto que interesa mucho a la señora

FLORA

Un asunto que me interesa mucho... Deme usted *Elena se acerca a leer.* María Ester Zaldívar... Buenos Aires...

ELENA

María Ester Zaldívar, Buenos Aires... ¡Qué raro!... ¿Tú la conoces?

FLORA

Ni de nombre... *Al criado.* ¿Qué aspecto tiene?

CRIADO

Es una señorita joven y muy bien vestida...

FLORA

¿Viene sola?

CRIADO

Sí, señora; sola...

FLORA

A Elena.

¿Qué te parece?

ELENA

Hazla pasar... Veremos qué es lo que quiere.

FLORA

Al criado.

Encienda usted las luces y haga pasar a esa señorita. ¿Qué me querrá?... Estoy intrigadísima...

ESCENA IV

FLORA, ELENA y MARÍA ESTER

Entra Ester. Joven, muy guapa, muy bien vestida; pero sencilla. Marcado acento argentino.

FLORA

Adelantándose a recibirla.

¿Qué desea usted?

ESTER

Muy azorada.

¿Es a la señora de González Cavero a quien tengo el placer de hablar?

FLORA

La misma. ¿Quería usted hablar conmigo?

ESTER

Sí, señora... Pero desearía, si fuera posible, conversar a solas con usted... *Mirando a Elena y en tono de disculpa.* Se trata de un asunto muy confidencial.. muy íntimo...

ELENA

No faltaba más, señorita... Yo me retiro... *A Flora.* Me voy un rato ahí dentro con Luz y Miss Betty... Hasta luego.

ESTER

A Elena.

Disculpe, señora...

ELENA

¡Por Dios!

Sale por la puerta de escape.

FLORA

Sentándose y haciendo sentar a Ester.

Pues, usted dirá.

ESTER

Señora, verdaderamente no sé cómo empezar. ¡Es tan difícil, tan delicado lo que tengo que decirla!... Que yo...

FLORA

Por Dios, hable usted, que me está usted intrigando...

ESTER

Sacando fuerzas de flaqueza.

Se trata de su... primo de usted... de Jaime.

FLORA

Instintivamente hostil.

¿De Jaime? No comprendo...

ESTER

Más animada.

Lo va usted a comprender todo, señora... Pero antes necesito que me escuche unos instantes.

FLORA

Impaciente.

Hable usted, hable usted...

ESTER

Yo, señora, como habrá usted visto por mi tarjeta, soy argentina. Mi padre, que es hombre de gran posición, quedó viudo muy joven, sin más hija que yo, y, como es natural, me idolatra... Hace cosa de un año estábamos pasando los meses de Enero y Febrero, que son muy calurosos en el país, en una estancia que mi padre posee en la Pampa... Yo, señora, como buena argentina, ando mucho a caballo. Una tarde había ido con el viejo, el capataz y unos peones, a pasar rodeo al potrero del fondo, para apartar unos novillos que el viejo mandaba a Buenos Aires... En el potrero vecino, un joven, buen mozo, nos miraba trabajar... Yo ayudaba a los hombres. En una disparada para apartar un novillo aquerenciado, se me voló el chambergo... el mozo bajó del caballo, saltó la alambrada y me lo alcanzó. Se acercó el viejo a darle las gracias, conversamos y nos hicimos amigos. Desde entonces el mozo, que era Jaime, venía casi a diario a las Cañas. Empezó a festejarme... «Ché, mi hijita, me decía el viejo, andá con cuidado que estos gallegos son el mismo diablo...» Pero la estoy cansando, señora...

FLORA

No, no... Siga usted... Todo esto es muy interesante.

ESTER

Jaime y yo, sin decírnoslo, nos queríamos. Una noche que Jaime había cenado en las Cañas, salimos a dar un paseo por el campo, a la luz de la luna. El viejo caminaba delante con unos amigos. Jaime y yo, sin querer, nos fuimos quedando rezagados. De pronto, no sé cómo fué... su brazo rodeó mi talle... su cara se acercó a la mía... su boca besó mi boca... Aunque viviera cien años, no olvidaría ese beso, el único que he recibido en mi vida de un hombre que no fuera mi padre. Yo quise que Jaime hablara con el viejo, porque yo para él no tengo secretos... pero Jaime me pidió que esperara. Tenía que hacer un viaje a España, me dijo, para arreglar unos asuntos, y en cuanto regresase a la Argentina formalizaríamos nuestro compromiso.

FLORA

¿Y después?

ESTER

Me escribió desde el barco cartas apasionadas, tres o cuatro desde Madrid... Luego, casi no escribía... Empecé a sufrir... estaba intranquila... Mi instinto me advertía que mi amor peligraba. Convencí al viejo de que hiciéramos un viaje a Europa y vinimos a Madrid... Hace un mes que estamos aquí.

FLORA

Un mes... ¿Y ha visto usted a Jaime?

ESTER

Le vi, señora... Y desde el primer momento comprendí que Jaime ya no era el de antes, que tenía algo que ocultarme. Llegué hasta sospechar si estaría casado. Una tarde, hace cuatro días, estaba sentada en el *hall* del Ritz con el viejo, y entraron dos señoras y fueron a sentarse en el otro extremo del *hall*.

FLORA

Hace cuatro días.

ESTER

Entonces, una señorita que tomaba el té en la mesa

de al lado dijo en voz bastante alta: «Mira, esa rubia que acaba de entrar es la amiga de Jaime Llerena».

FLORA

¿Dijo así? ¿La amiga de Jaime Llerena?

ESTER

Sí, señora. Mi corazón latía de tal manera que creí que iba a saltar del pecho. Escuché la conversación... siguieron hablando... Supe... Subí a mi pieza. Me acosté y he estado tres días mortales llorando todas las lágrimas de mis ojos. Esta mañana me levanté con la firme intención de venir a verla. Aprovechando que el viejo iba hoy a Toledo, averigüé en el hotel su dirección y he venido a hablarla.

FLORA

No alcanzo a comprender qué es lo que pretende usted de mí... ¿qué tengo yo que ver en esta historia?

ESTER

Señora, yo me he atrevido a venir a pedirle que tenga usted piedad y compasión de mí... ¡Si usted supiera cómo le quiero! Y él me quiere... me quiere... Ya sé que usted tiene mucha influencia con Jaime...

Háblele usted por mí... dígale usted todo mi cariño... sea usted buena, sea usted buena.

FLORA

Señorita... no se qué contestarle a usted... Su atrevimiento es tan grande que sólo puede compararse a su candor. Supongamos que esa influencia que usted imagina tengo yo sobre... ese caballero, fuese cierta; supongamos que efectivamente pudiera yo forzar su decisión. ¿Con qué derecho viene usted a pedírmelo? ¿Qué tengo yo que ver con sus amores de usted?

ESTER

Señora, yo comprendo muy bien que mi conducta le parezca extraña... pero no olvide que yo vengo de un país nuevo, de un país donde se vive una vida más verdadera, menos ficticia que la de estas tierras de Europa. Yo no sé lo que hubiera hecho, en mi caso, una española. A mí, desde que escuché aquella conversación días pasados, el corazón me estaba diciendo a gritos: Andate a ver a esa señora... es buena... ella comprenderá... suplica, ruega, que ruegas por tu vida... Señora, si yo comprendiera que Jaime me había olvidado, ni estaría siquiera en Madrid a estas horas. Pero yo sé que Jaime me quiere... que Jaime es mío... y que sólo le separa de mí lo que queda de

un amor que, para mi desgracia, se cruzó en su camino. Señora, apiádese de mí... Usted tiene una hija. Por ella, por su hijita inocente, que algún día puede sufrir como yo sufro hoy, no me quite usted un cariño que es toda mi vida...

Se echa a sus pies y la abraza las rodillas llorando.

FLORA

Conmovida.

Levántese usted... levántese usted, María Ester... *Acariciándola.* Si supieran los hombres el mal que nos hacen... *Ester se sienta en un sillón y sigue llorando.* No llore usted más... Jaime será suyo... sólo suyo... como lo era allá en la Pampa... Y serán ustedes muy felices. *Con gran tristeza, acariciándola.* Yo quiero que sean ustedes muy felices... ¿Hace mucho que no ve usted a Jaime?

ESTER

Hace tres días... Vino varias veces al hotel, pero no quise recibirle. Cree que estoy enferma...

FLORA

El ignora, por su puesto, que usted iba a dar este paso.

ESTER

Sí, señora. Y yo quisiera que lo ignorara siempre... Si lo supiera me moriría de vergüenza.

FLORA

¿Vergüenza de qué? ¿De que defiende usted su cariño? No, no... eso que usted quiere no es posible... Por usted, por él, es menester que Jaime lo sepa... Y lo va a saber ahora mismo.

Va hacia el teléfono.

ESTER

Asustada.

¿Qué va usted a hacer, señora?

FLORA

Sonriendo con tristeza.

¿No tiene usted confianza en mí?

ESTER

Avergonzada de haber dudado. Efusiva.

Sí, sí, señora, perdóneme... Lo que usted haga, estará bien hecho.

FLORA

Al teléfono.

Oiga... 84-75 Mayor... ¿Es la casa del señor conde de Llerena?... ¿Está el señor conde?... De parte de su prima, de la señora González Cavero... Sí, dígale que es urgente. *Pausa.* Hola, Jaime... ¿Podrías pasarte un momento por casa?... No, no; nada de particular... Quisiera hablar contigo de unas cosas... Sí, sí, cuanto antes mejor... Bueno, pues hasta ahora mismo... *Cuelga el teléfono.* Jaime estará aquí dentro de unos instantes. *Ester hace involuntariamente un gesto de terror.* No tenga usted miedo. ¿No le he dicho ya antes que yo quiero que sean muy felices?

ESTER

¡Cómo podré yo agradecer, señora!

FLORA

No piense usted en eso...

Llama al timbre.

CRIADO

Apareciendo.

Señora.

FLORA

Haga el favor de decir a la señora duquesa que venga... *A Ester.* Ahora, mientras yo hablo con Jaime va usted a hacer el favor de tener un poco de paciencia. *Entra Elena.* Elena, haz el favor de pasar ahí dentro con esta señorita... Va a venir Jaime y tengo que hablar con él a solas...

ELENA

¿Qué ha pasado?...

FLORA

Nada... Lo que tenía que pasar... *A Ester.* Puede usted contarla nuestra conversación, María Ester... Es mi amiga íntima... Para ella no tengo secretos...

Las acompaña hasta la puerta.

ESCENA V

FLORA y JAIME

Flora queda sola unos instantes. Llega Jaime.

JAIME

Muy azorado.

Aquí me tienes...

Quiere besarla la mano.

FLORA

Retirándola con firmeza, pero sin brusquedad.

Jaime, te he llamado porque necesito que hablemos con calma. Como dos buenos amigos... *Recalcando mucho las frases.* Como dos amigos unidos por una amistad fuerte y reposada... Como dos personas que no piden a la vida más de lo que la vida puede dar.

JAIME

En guardia.

¿Qué quieres decir con eso?

FLORA

Ven aquí. Siéntate... *Se sientan en dos sillones, uno enfrente de otro, muy cerca.* Contéstame con el corazón en la mano a las preguntas que te voy a hacer... Con el corazón en la mano... ¿Me lo prometes?

JAIME

Te lo prometo.

FLORA

Bien. *Pausa.* Dime, ¿conoces a María Ester Zaldívar?...

JAIME

Un segundo de vacilación

María Ester Zaldivar... Sí, ya lo creo... Es un muchacha argentina que tiene una estancia en l Pampa, vecina del campo donde yo trabajaba, y all nos hemos conocido... ¿Pero tú de qué la conoces?

FLORA

Has quedado en contestar a mis preguntas, no en hacérmelas... ¿Hace ya mucho que no ves a Marí Ester?

JAIME

Hace ya algún tiempo...

FLORA

¿No puedes precisar exactamente cuánto?

JAIME

Decidiéndose.

Hace tres dias.

FLORA

Fingiendo asombro.

¡Ah! ¿Pero está en Madrid?

JAIME

Sí, ha venido a pasar una temporada a Europa y e ha detenido en Madrid unas semanas.

FLORA

¿Y qué clase de muchacha es?

JAIME

Con entusiasmo involuntario.

¡Ah, pues es una mujer encantadora!... Una chiquilla angelical. Moderna, pero sin descoco. Inocente, pero sin gazmoñería...

FLORA

¿Y es guapa?

JAIME

Guapísima.

FLORA

¿Tú eres muy amigo de ella?

JAIME

Mucho... Sí...

FLORA

¿Nada más que... amigo? *Jaime calla.* Contesta.. ¿Por qué me has engañado? ¿Por qué no decirme la verdad, cruda, valientemente, en vez de dejarme asistir a la agonía de un amor que tú sabías condenado a muerte? ¿No te daba pena jugar con el corazón de una mujer que te había entregado lo mejor de sí misma?... Dime, Jaime... ¿Fué mentira tu amor?...

JAIME

No, eso no, Flora... No fué mentira. ¡Te lo juro! Yo te quise, te quise con toda mi alma. Porque te quería tanto callé el otro amor, y quise olvidarlo para siempre... y ya lo había conseguido cuando se presentó María Ester... Entonces no sé lo que pasó en mi corazón... Al verla me pareció como si despertara de un sueño... Había en sus ojos tal expresión de candor, tanta fe ciega en mi cariño, estaba ella tan lejos de sospechar mi traición, que me avergoncé de mí mismo... Pero yo te juro, Flora, que mi amor no fué mentira... que cuando te decía ¡te quiero!... no te engañaba... Créeme, Flora, créeme...

FLORA

Te creo. Necesito creerte. Si no te creyera me mo-

riría de dolor y de vergüenza. Sólo con la fe de que nuestro amor no era como los otros amores... sólo con la idea de lo inmenso de nuestra pasión, pude ahogar a veces la voz de mi conciencia que me atormentaba a todas horas... ¡Qué ciega he sido!... Yo no debí aceptar nunca el don que me hacías de tu cariño... Porque ya no podías ofrecérmelo... No tenías derecho a engañarme cruelmente... no arriesgando tú nada... a mí que, por creerte, lo arriesgaba todo... hasta el propio respeto de mí misma. ¡No tenías derecho!

JAIME

Perdóname, Flora... Dime que crees que yo no te he querido engañar...

FLORA

Tú has sido el primer engañado. Esa puede ser tu única disculpa. Lejos de ella, acaso tus sentidos te han hecho creer que me querías a mí sola, ¿no? Pero ha bastado que se presentara ella ante tu vista para que el otro amor que tú creías muerto renaciera en tu corazón con más fuerza que nunca... ¿no? Y tuviste lástima de mí... ¡Gracias!... No te atreviste a darme esa puñalada... ¡Gracias!

JAIME

Flora, no me hables así... Dime qué quieres que haga...¿Quieres que deje a María Ester para siempre?

FLORA

¿Para qué? Ya veo qué corta es la felicidad en estos amores que nacen del pecado. Lo que no te perdono es que hayas consentido que yo me entere de esto, y no por ti. ¡Has sido cobarde! Ha tenido que ser ella.. ella, la que viniera a enseñarme su corazón dolorido

JAIME

¿Pero María Ester ha estado aquí?

FLORA

Sí, sí... María Ester ha estado aquí... María Ester está aquí...

JAIME

¿María Ester está aquí?... ¿Y ha tenido el valor...?

FLORA

Cuando se quiere, se tiene valor para todo.

JAIME

Flora... Florín... ¿Me perdonas todo el daño que te he hecho? Di... ¿Me perdonas?... ¿Verdad?

FLORA

Te perdono... ¡Te perdono de todo corazón, para que Dios me perdone a mí! *Con mucha tristeza.* Ya ves lo que queda de unos amores que se nos antojaban tan grandes... Ya ves... Remordimiento, dolor... Mucho dolor... ¡Qué locos hemos sido!

JAIME

¡Tienes razón!

FLORA

Poniéndose en pie.

Voy a llamar a María Ester, para que aquí, en mi presencia, la pidas perdón; para que delante de mí os reconciliéis para siempre... Quiérela... Es muy buena... Merece ser feliz.

Va hacia la puerta de escape. Al llegar a ella se apoya en el marco sollozando.

JAIME

Yendo hacia ella.

Flora... ¿Qué tienes?... Flora...

FLORA

No... No puedo... Vete, Jaime, vete... Mis fuerzas me abandonan...

JAIME

Flora...

FLORA

Vete... Mi Jaime... Vete de aquí... *Empujándole suavemente con tono suplicante.* Vete, por Dios... ¿Pero no ves cómo sufro? Vete... ¿Pero no comprendes que me mata el dolor?... Adiós, Jaime... adiós... *Se deja caer en la cama turca y sigue sollozando. Jaime tiene un instante la mano izquierda de Flora cogida entre las suyas. La besa profundamente y sale muy de prisa por la parte de la izquierda. Flora queda unos minutos desplomada en el diván y sólo se oye su voz tenue entre sollozos.* Mi Jaime... Mi Jaime...

Luego, dominando su dolor, se pone de pie. Va al espejo, arregla el desorden de sus cabellos, seca sus lágrimas, compone su cara. Se abre la puerta de escape y entran Elena y María Ester.

ESCENA VI

FLORA, ELENA y MARÍA ESTER

FLORA

Yendo al encuentro de María Ester, que refleja en su cara la ansiedad de saber.

Puede usted estar tranquila, María Ester. Jaime la quiere a usted... a usted sola. Está arrepentido de su acción. Me ha encargado que le pida a usted perdón en su nombre... Usted perdona, ¿no es cierto, María Ester?

ESTER

Efusiva.

Con toda mi alma, señora.

FLORA

Gracias, María Ester... Gracias. No conserve usted un mal recuerdo de mí...

ESTER

No diga eso, señora. Sería una mujer indigna si no le guardara agradecimiento la vida entera.

FLORA

Acompañándola hacia la puerta.

¿Tiene usted coche? ¿Quiere usted que pida el automóvil?

ESTER

Mil gracias, señora. He traído un coche del hotel. *Dando la mano a Elena.* Adiós, señora...

Al ir a despedirse de Flora la coge la mano y se la quiere besar.

FLORA

Levantándola.

Por Dios... ¿Qué hace?... *Le da un beso en la frente.* Adiós, María Ester, Adiós...

María Ester sale llorando.

ESCENA VII

FLORA y ELENA

ELENA

Flora, te admiro. Eres una mujer única.

FLORA

Apoyándose en su hombro. Llorando.

Soy una pobre mujer que sufre mucho... Una pobre mujer que va a pagar muy caras unas horas que tuvo de ilusión de ser feliz...

ELENA

No llores. Dios te tendrá en cuenta el sacrificio que has hecho, y, sobre todo, cómo lo has hecho... Y ahora, ven aquí. *La lleva hacia un sillón.* Siéntate... *La rodea de almohadones.* Así... *Apaga las luces y sólo deja una lámpara encendida sobre una de las mesitas, como al principio del acto.* Descansa un rato... Duerme un poco... Olvida. *Flora sigue llorando en silencio.* No llores así, Florín... Y si no, llora, llora, que el llanto consuela... Ahora te dejo sola... En estos momentos estorba todo el mundo. *Besándola con cariño.* Adiós. Ya sabes que siempre,

siempre dispones de mí. A cualquier hora. Cuando me necesites, me llamas, y aquí me tienes... Vaya, adiós...

Va hacia la puerta de la izquierda. Desde ella se vuelve a mirarla y se despide con un gesto cariñoso. Flora se sonríe con tristeza. Sale Elena.

ESCENA VIII

FLORA y LUZ.

Se entreabre una puerta de escape muy poco a poco y entra Luz.

LUZ

Mamá...

FLORA

¡Hija mía!

La besa con efusión.

LUZ

Acomodándose en el regazo de su madre.

Anda, mamá, cuéntame un cuento...

FLORA

Acariciando la cabeza de Luz, como ausente.

Un cuento... Verás... Había una vez una pobre mujer... que tenía una niña, así... como tú... y que estaba muy triste... muy triste...

Telón lento.

TELÓN

Tipografía Artística
Cervantes, 28-Madrid

